

plimentar las órdenes del Monarca, llegando á fines de marzo de 1568 á la bahía de Callao, distante seis millas de Lima.

El renombre de la Sociedad habia volado en alas del eco hasta lo mas recóndito del Perú, donde ya era bendecido por todos sus habitantes el de Francisco Javier, lisonjeándose al escucharle de que verian resplandecer en adelante dias menos funestos. Portillo,

«tales, que basta oirlas para refutarlas. Y si hemos de aplicar aquel principio de *«ab uno disce omnes*, tan cierto y casi pudiéramos llamar infalible en todo historiador cuando pasa la raya de lo verosímil, ¿qué valor podrémos dar á toda esta relacion, cuyo fragmento parece se complace en insertar el autor, recomendable de otra parte, de la *Historia de los Jesuitas*? Dice Las Casas en aquella relacion, fol. 7, lin. 14, que en la isla Española, todos los rios que vienen de una sierra, que son veinte ó veinte y cinco mil, son riquísimos de oro, y pocas líneas antes habia dicho que entran en la vega de Magna sobre treinta mil rios y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro, Duero y Guadalquivir. Ni aun los griegos mas embusteros llegaron á fingir veinte mil rios de leche y miel, y todos de una sola montaña. De una ciudad en Guatemala afirma, fol. 22, lin. 31, que fue destruida con tres diluvios, uno de agua, é otro de tierra, é otro de piedras mas gruesas que diez y veinte bueyes. No describió seguramente Tito Livio lluvias tan portentosas. ¿Y á quién no parecerá leer una antigua leyenda de caballería, ó alguna conseja de una bruja en un encantado castillo?

«Disimúlenos el lector que nos hayamos extendido algun tanto en menguar, sino borrar del todo, la impresion que pudiera causarle, como á nosotros mismos, la cita del Sr. Las Casas, que continúa aquí el historiador francés en odio de los españoles. Lo hemos dicho y lo repetimos: su misma lectura es la prueba mejor de su falsedad, porque prescindiendo aun de las exageraciones numéricas en que tan á menudo cae el autor de la relacion, la naturaleza misma de las barbaridades que refiere, excede, por decirlo así, lo ideal del horror, de la atrocidad y de la execracion. El hombre puede ser cruel por orgullo, por venganza, por interés ó desesperacion en ciertos casos particulares; pero una serie de atrocidades erigida en sistema sin objeto conocido, y tan tenazmente continuada, es imposible ni aun en salvajes, y deshonor tanto al que lo inventó para escribirlo, como al que le da crédito. Si pudiese ser cierta una sola parte de los horrores que aquí en estas solas líneas se refieren, sería un oprobio el ser hombre, porque no solo se degrada á los españoles y europeos, sino que se envilece á la humanidad.

«Esta parcialidad inaudita en llevar el crimen á tal extremo, es por cierto incompatible con la veracidad de un sacerdote y con la dignidad de un obispo, que de otra parte manifestó hácia los indios todo el celo y caridad heróica con que el Evangelio nos manda amar á los hombres, y mas aun á los desgraciados; y en este sentido puede decirse que aquel hombre fue una de las glorias de la humanidad. Y esto nos inclina á mirar como apócrifa una obra que se le atribuye, cuya lectura degrada á tal punto la especie humana, que casi llegaria á hacer injuria al mismo Dios.»

que ambicionaba el martirio, y se veia contrariado en sus esperanzas con la magnífica acogida que le hicieron, trató de aprovecharse de las excelentes disposiciones que hallaba en los ánimos, dedicándose á la fundacion de una iglesia y un colegio, en cuyas obras, atendido á que se hallaban en un país donde venia á ser el lujo una consecuencia natural de las costumbres, reinó el gusto mas exquisito y las proporciones mas vastas, encargándose en seguida de su rectorado el P. Santiago Bracamonte.

En aquella época abrazaron los individuos de la Compañía todos los ministerios: la enseñanza pública, la doctrina á los indios, la predicacion á los españoles, y administracion de los Sacramentos en la visita de hospitales. Hallábase dotado Portillo de tanta elocuencia, que las masas, ávidas de escuchar su doctrina, le seguian do quier que se trasladaba: el P. Luis Lopez evangelizaba al mismo tiempo á los negros, inculcándoles la resignacion en los trabajos de la esclavitud, y otros Jesuitas se ocupaban en amoldar á los niños á la piedad, y en instituir una congregacion de jóvenes nobles con el objeto de que la fe pudiese hallar en todas las jerarquías una sociedad de hermanos. Luego que Francisco de Toledo, virey del Perú, vió conquistada la capital, quiso que se esparciese por el resto del imperio aquel amor á la paz y al trabajo que sus armas no habian podido imponer; para conseguir su objeto, exigió del General de la Sociedad algunos individuos, que le fueron remitidos en número de doce, los cuales hicieron su entrada en Lima en 1569, y al dia siguiente de su arribo empezó Alfonso Barzana á predicar en el idioma de los Incas las verdades eternas, mereciendo un dia el dictado de Apóstol.

Prolongados en verdad eran los viajes marítimos, y para abreviarlos, estudiaban los Jesuitas el idioma de las naciones á donde conducian las luces del cristianismo; de manera que cuando saltaban en tierra, se hallaban, con gran asombro de los indígenas, en disposicion de poder conversar con ellos.

Era á la sazón arzobispo de Lima el dominico Gerónimo Loaysa. Este prelado se asustó en un principio al ver la introduccion de la Compañía en un país en que los frailes Predicadores dominaban sin rival alguno; pero cuando él y sus colegas los vieron desempeñar su mision, desapareció toda clase de rivalidad para dar lugar á una emulacion santa. Segun su manera de propagar la fe, se habian diseminado rápidamente los Jesuitas por



las regiones mas remotas; y cuando vieron que habian ganado la confianza de la metrópoli, pretendieron conquistar las extremidades, para que las provincias del centro no pudiesen resistirse al impulso que deberia comunicárselas de todos los puntos colindantes; estrategia cristiana que produjo maravillosos resultados. Cusco, la antigua capital de los Incas, ofreció en 1571 á la Compañía un palacio denominado Amarocanaa, es decir, la casa de las serpientes, donde fundaron un colegio, después de haber establecido ya otro en la ciudad de Paz. Los obispos de todas las diócesis demandaban Jesuitas para que les ayudasen á soportar el peso de su ministerio, á cuya voz acudian sin demora; y para que no los cogiesen desprevenidos introdujo el provincial del Perú, consejero del Virey, una multitud de reclutas en la Sociedad, que lanzó sin previos estudios en medio de los peruanos. No es esta la única inculpacion hecha á su administracion interior. Bartolomé Fernandez y otros Jesuitas le acusaron de haber llenado la provincia de indígenas y mestizos; suscitaronse, por último, serias dificultades entre los obispos y los religiosos, quienes después de haber aceptado la direccion de algunas parroquias, no querian someterse á la autoridad del Ordinario. Para evitar estas diferencias, se niegan los Jesuitas á encargarse de la cura de almas; pero Portillo, sin hacer caso de esta reserva, permitió que se nombrasen párrocos de los profesos de la Orden, exponiendo de este modo á la Compañía á reanimar bajo su nombre varias contiendas en que tomaban una parte activa los obispos y magistrados civiles. Portillo fue destituido; y este debate que jamás habia entrado en los umbrales de la casa profesa, se vió sofocado por el movimiento católico que se iba desarrollando.

Los triunfos obtenidos en el Perú por la Sociedad, y la destreza con que manejaban sus misioneros los ánimos de una nacion todavía orgullosa, después de haber sido tan rica y respetada, estimularon á los otros pueblos de la América á solicitar Jesuitas; y haciéndose Felipe II el órgano de sus nuevos súbditos, se los pidió á Borja, quien ordena á Pedro Sanchez, rector del colegio de Alcalá, que se hiciese á la vela para Méjico con otros doce compañeros. En junio de 1572 tocaron en Veracruz, dejando en esta poblacion agradables recuerdos de cristianismo. En la Puebla de los Ángeles fueron recibidos como otros tantos bienhechores, tratando sus habitantes de detenerlos en estas dos ciudades; mas

como las órdenes de Borja, que los destinaba á Méjico, eran absolutamente formales, marcharon sin detenerse á esta poblacion, donde sin esperar á reponerse de las fatigas de la travesía, se diseminaron por la capital y la campiña, prodigando á los negros, á quienes los españoles trataban como bestias, el beneficio de la civilizacion y del Evangelio<sup>1</sup>.

En las Molucas continuaba la obra de Francisco Javier, porque en medio de aquellos nuevos mundos á quienes era preciso instruir, y del antiguo cuya regeneracion estaba ya emprendida, no olvidaban los Jesuitas su primera grey; y la de la citada isla se veia sin cesar expuesta al peligro: habia en estos diferentes archipiélagos una infinidad de isletas gobernadas por un príncipe particular; unas habian abrazado el cristianismo, otras seguian la ley de Mahoma, ó las supersticiones de sus antepasados: el rey de Ternata era el mas poderoso de estas islas, y por instigacion suya no cesaban de perseguir á los cristianos los mahometanos, porque segun su política, atormentar á los discípulos de Cristo era protegerse mutuamente contra los portugueses, y enervar el influjo de los Jesuitas. Ya en 1565 habian perdido sus dos jefes los soldados europeos, y aprovechándose los mahometanos de estas dos muertes, sitiaron á la ciudad principal de los católicos, donde se habia encerrado el P. Manuel Lopez; apoderáronse de ella entregando al pillaje las aldeas cristianas, incendiando las iglesias, derribando las cruces, y expulsando á los portugueses del territorio de Amboyna.

El vencedor llamaba á todo el mundo á la apostasia, y los jóvenes neófitos contestaron con el sacrificio de su existencia, muriendo con el valor de los cristianos de la primitiva Iglesia. Así transcurrieron tres años de sangrientas luchas, hasta que en el mes de junio de 1568, fondeó en las Molucas una flota portuguesa mandada por Gonzalo Pereira, con el encargo de proteger á los Católicos contra las persecuciones del tirano de Ternata. El P. Mascareñas recorrió las residencias que habian sido pasadas á fuego y sangre, donde consoló á los habitantes, encontrando

<sup>1</sup> Examínese con detencion lo que ha dicho el autor después del relato de Las Casas, obra seguramente de algun calvinista francés, y se verá claramente que toda ella es una atroz calumnia inventada por el odio á nuestra España. ¿Cuán diferente es lo que nos dice?



por todas partes una poblacion, cuya fe se habia corroborado en medio de las torturas mas atroces, y unos moradores que se lanzaban á su paso pidiéndole el bautismo, con el que se robustecian los mas débiles.

Bajo un clima abrasador, en que los temperamentos mas robustos desfallecian bien pronto, la muerte de un oficial europeo preparaba á veces una revolucion desfavorable á los Católicos. Pereira espira; un portugués llamado Alfonso Martinez asesina al rey de Ternata; y esta muerte y este crimen volvieron á abrir una nueva era de persecuciones. Babú, sucesor del príncipe que habia sucumbido bajo el puñal del asesino, tomó por pretexto la muerte de Pereira, y para inaugurar su poder, estrechó de cerca á la ciudadela de los portugueses, que no pudiendo ser socorridos á tiempo, se vieron precisados á capitular, reducidos como estaban al último extremo. En Bacia, Tidora y Amboyna no se vió expuesta la Religion á tantas luchas; prosperaba bajo la influencia de los Jesuitas, y la civilizacion se extendia á la sombra de la Cruz. Los reinos de Siokon, de Manado, y de Sanghir son convertidos por Mascareñas. Testigos de estos hechos los paganos, le persiguen; y aunque la muerte hubiera sido para él un beneficio, pero como dejaria en la orfandad á los nuevos cristianos, se condena á vivir con el objeto de sostenerlos, y aun trata de alejar de su cabeza la persecucion que podia glorificarle individualmente. Así Mascareñas se habia retirado á lo interior de los bosques, donde su único alimento eran las yerbas agrestes; pero sin embargo, no pudo sustraerse á las emboscadas de los infieles, y el 7 de enero de 1570 murió envenenado por ellos.

En el Japon, como en todas partes, bendecia la Providencia sus empresas apostólicas; la vida de los Jesuitas no era mas que una larga serie de sufrimientos; pero á través del eterno ostracismo que se habian impuesto á sí mismos, y en presencia de aquellas miserias de día y de noche, sufridas por ellos con un heroísmo que no era capaz de penetrar ninguna mirada humana, todas las privaciones y todos los peligros les eran un atractivo mas. Nada importaba que los Calvinistas y Anglicanos surcasen los mares con el objeto de degollarlos; causábales poca impresion el encono de los salvajes y la sutileza de sus venenos; su fe y su valor jamás vacilaban. Cuando á fuerza de paciencia hubieron arrancado las armas de manos de los bárbaros, cambiaron los

Calvinistas de táctica, intentando espigar en el campo que los sudores y la sangre de los Jesuitas habian fecundado; y de asesinos de misioneros, improvisados por el fanatismo, trataron de convertirse en misioneros; pero aun aquí triunfó el cristiano del comerciante taimado.

Los mismos corifeos del protestantismo hacen justicia á ese celo de los Jesuitas, que no esperaba para brillar y vivificar recompensa alguna terrestre: «¡Noble entusiasmo, exclama Macaulay, hablando de los Jesuitas<sup>1</sup>, abnegacion rara y sublime! ante la cual puede uno humillarse, sin temer por eso suscitarse numerosos imitadores: el entusiasmo, ¡ah! el entusiasmo, es en nuestro tiempo un vano fantasma contra el que se estrella la igualmente vana, árida y fria elocuencia de nuestros predicantes; pero ¿y en dónde le encontraremos? ¿Será acaso en esos mercados de diezmo frecuentados por nuestros mas sinceros devotos, ó bajo el fastuoso techo de nuestros opulentos beneficiados? ¿Le hallaremos en el corazon de nuestros misioneros, tan pingüemente dotados y provistos de todo? ¿No es verdad que las brillantes mitras de nuestros obispos (anglicanos) en medio de un pomposo tren, preservan su frente de aquella llama, á la manera que lo hacen esos conductores eléctricos, separando de nuestros edificios el rayo atraído por su misma elevacion? Sí, lo que nosotros poseemos es el insípido entusiasmo de nuestros devotos por especulacion, el entusiasmo sentimental de nuestros bazares de religion, el entusiasmo sofista de las tribunas en que perora nuestra caridad, y el entusiasmo autorzuelo de nuestros opulentos ascetas; pero ¿en qué se parecen todos estos entusiasmos al fervor íntimo, al divino estremecimiento, y á la fe llena de transportes, carácter distintivo de Francisco Javier?»

Lamennais confirma con la autoridad que le presta su genio lo que revela un anglicano con tan bellas expresiones de conviccion; y cuidado que el que habla es un sacerdote demócrata, dice así: «Compárense las misiones protestantes con las nuestras: ¡qué diferencia tan notable en el espíritu que las forma, en el éxito que de ellas resulta, y en los medios que se emplean para realizarlas! ¿En dónde están los ministros protestantes que han sabido morir por anunciar al americano salvaje ó al letrado

<sup>1</sup> Revista de Edimburgo, 1842.

<sup>2</sup> Habla un protestante de los suyos.



«chino las máximas del Evangelio? Podrá muy bien la Inglaterra elogiar cuanto quiera á sus apóstoles y sociedades bíblicas; «puede describirnos en sus fastuosos anales los progresos de la «agricultura entre los negros, y de las ciencias elementales en «el Indostan; pero todas esas miserables misiones de escritorio, «cuyo único motor es la política, así como el oro su único agente, no podrán jamás probar otra cosa sino la incurable apatía «religiosa de las sociedades protestantes, á quienes únicamente «mueve el interés <sup>1</sup>.»

El Japon fue el país predilecto de los sucesores de Francisco Javier, como antes lo habia sido de este. El P. Villela acababa de pasar en él seis años enteros, sin haber visto durante este largo período un solo rostro europeo; el frio y los trabajos de toda especie habian debilitado de tal modo su salud, que cualquiera hubiese dicho al ver sus canas y arrugas, que tenia ya setenta años, cuando apenas rayaba en los cuarenta. En el mes de enero de 1575 llegó el P. Luis Froes á la ciudad de Meaco donde residia el anterior, con ánimo de consumir en ella su juventud y fuerzas. Después de pocas semanas estalló una revolucion, que derriba del trono de Quonquenindono, el Cubo-Sama, protector de los Católicos, y hace dudosos los felices resultados que habia obtenido Villela. El instigador de esta sublevacion era un príncipe partidario de los honzos, que inauguró el ejercicio de su poder con la persecucion de los catecúmenos, y en especial de los misioneros. Háceles á cada instante amenazas de muerte; estimúlánle los honzos, á que acabe de una vez con aquellos hombres con quienes nada podian las torturas. Los Cristianos, que comprendieron las intenciones de los sublevados, instan á Villela y á Froes á que traten de poner en salvo sus vidas, advirtiéndoles que los neófitos tendrian en ellas una garantía para el porvenir, y los conducen á Sacai; mas, como si nada en el mundo pudiera alterar su valor, volvieron á empezar en esta ciudad las predicaciones interrumpidas en Meaco.

Por el mismo estilo estaba turbada la tranquilidad en el reino de Firando; pero tambien allí encontraron los Católicos un modelo de caridad y valor en el P. Acosta, que haciendo caritativa á la isla de Tacuxima, después de haberla hecho cristiana, construyó un hospital en su playa, franqueando este asilo á todos los

<sup>1</sup> *Misceláneas* de Felipe de Lamennais, tom. I, pág. 366.

indigentes sin distincion de cultos, y á donde acudian los principales del país á servir con júbilo á los enfermos. El P. Luis Almeida y un Jesuita japonés llamado Lorenzo, predicaban al mismo tiempo el Evangelio en las cinco islas de Gotto y en la de Xiqui, siendo la de Ocigua la primera que escuchó su voz, en una plática á que asistieron con mucho recogimiento el Soberano y los moradores de todas ellas. Al dia siguiente sintióse el Príncipe atacado de una fiebre violenta, que achacaron los honzos á un castigo de sus dioses; el pueblo, que amaba á su príncipe, participó de la cólera de aquellos, é iba tal vez á propasarse á funestos excesos, cuando Almeida, que poseia algunas nociones de medicina, declara que él se encargaria de la curacion del enfermo. Operóse en efecto la cura, y con esto adquirieron los misioneros el derecho de continuar su apostolado. Existia tal incertidumbre en los ánimos de aquellos isleños, que se hallaban perplejos entre la religion de sus antepasados y la que predicaban los europeos, cuando dos comerciantes del reino de Facato, célebres en la ciencia del dogma japonés, pidieron conferenciar con los Jesuitas: accede Almeida á su deseo, y habiéndolos llegado á convencer, se confesaron cristianos, decidiendo á los demás con su franqueza.

Empezáronse á construir iglesias en la isla de Ocigua; ejemplo que tambien siguieron los moradores de Ocura: el tono, ó sea gobernador de Xiqui, llamó al mismo tiempo á su isla al Padre Almeida, donde apenas usó de la palabra, cuando el pueblo entero pidió á voces el Bautismo, rompiendo sus ídolos el mismo gobernador que habia estado perplejo durante algunos dias por razones de política. Siguióle un bonzo de edad de ochenta años, que tomó en el Bautismo el nombre de Simeon, como si quisiese exclamar, á la manera del otro que cita el Evangelio, que ya podia Dios sacarle de este mundo puesto que habia visto la salud de las naciones.

Habianse popularizado tanto los Jesuitas en el Japon, que cuando un navío europeo conducia alguno á aquella parte del globo, era el dia de su llegada una fiesta completa para todo el litoral. Así se verificó cuando en 1568 desembarcó el P. Valla en aquella costa, donde fue acogido con mayores demostraciones de júbilo que las que pueden tributársele á su paso al monarca mas querido de la tierra. El pueblo y la nobleza se precipitaban á su



encuentro, echando gritos de júbilo y cánticos de alegría, que dejaban comprender á todos la llegada de un Jesuita. Apenas hubo desembarcado, conducido en triunfo por el entusiasmo universal, pasó á la isla de Xiqui, donde residia á la sazón el anciano Torres. Échase Valla á sus piés, y suplica al compañero de Javier que bendiga sus primeros pasos sobre aquel país, en el que hace fructificar la palabra de Dios. Torres, aprovechándose de la llegada del Jesuita, reunió en sínodo provincial á los misioneros, y después de haber arreglado en comun los negocios de aquella cristiandad, distribuyó á cada uno el puesto que debia ocupar, del modo siguiente: Valla y Juan Gonzalez son enviados á la isla de Gotto; Juan del Monte á Cocinoxu; Melchor Figuerido á Funai; Acosta á Firando; Villela á Fucundo, y Almeida á Nangasaki. En 1569 se decidió Almeida á introducir la fe en aquella parte de la isla de Xiqui que los japoneses llaman Amacusa, cuyo gobernador, aceptando las máximas del Evangelio, tomó en el Bautismo el nombre de Leon, imitándole sus súbditos. Leon, aunque cristiano, era hombre y soldado; no le aterra el martirio, pero lo espera con las armas en la mano, porque puede persuadirse que esté interesada la Religion en abandonar á las injusticias de los bonzos á los hombres que habian aceptado con él la ley nueva. Toma sus precauciones, porque conoce la debilidad del Rey, y está persuadido de que por comprar algunas mezquinas horas de reposo, era capaz este Príncipe de sacrificar sus mejores amigos, y aun su propio honor, á los sacerdotes de las falsas divinidades, y no habia errado su cálculo. Deja el Rey á los bonzos árbitros de su existencia; pero no atreviéndose estos á atacarle á mano armada, comisionan á uno de los suyos que anuncie en nombre del Rey al Gobernador cristiano, que no le quedaba otro medio mas que el de suicidarse si deseaba sustraerse á una muerte afrentosa.

Tiberio y Neron permitian á los senadores romanos que se mandasen abrir las venas de los cuatro extremos en un baño caliente; los monarcas del Japon concedian á los magnates condenados á pena capital el derecho de abrirse el vientre; privilegio que los sustraia al hacha del lictor ó á la cuchilla del verdugo. Leon, que no creyó deber aceptar la alternativa, se negó á ponerla en ejecucion; de solicitud en solicitud y de confesion en confesion, descendieron los bonzos hasta hacer de su ostracismo es-

pontáneo una cuestion de guerra ó de paz. Niégase tambien á dar cumplimiento á esta segunda orden, en tanto que el motin suscitado por los bonzos amenazaba estallar á la puerta de los neófitos; interpuso el P. Almeida su autoridad, y mas feliz que el Rey demostró á este valiente general que la dulzura cristiana es preferible á la fuerza. Leon consintió por último en un destierro que sus mismos enemigos no se atrevian á imponerle, y al instante se restableció la tranquilidad.

La revolucion que habia expulsado á Villela y Froes de Meaco, terminó con el triunfo de la legitimidad, que algunos generales fieles á su Soberano habian desde algun tiempo preparado. Vatandono y Nobunanga, rey de Oaris, formaron el proyecto de restituir la corona al destronado hermano del Cubo-Sama, exigiendo el primero por única recompensa el restablecimiento del cristianismo en aquella ciudad; oyóle el cielo su deseo, y el Padre Froes volvió á sus catecúmenos; mas «la buena semilla, como decia el Padre á Nobunanga, no empieza á crecer, sino «cuando está sofocada por las malezas.»

Para cumplimentar una de las condiciones principales de su restauracion al trono, habia el Monarca llamado á Froes cerca de sí; pero por el ejemplo pasado ó futuro de todas las dinastías restauradas, se ocupó mas en contentar á los antiguos facciosos, que en contentar á sus leales defensores, á quienes, como no dudaba de la sinceridad de su adhesion, dejó sumidos en el abandono, por ensayar nuevas conquistas en el campo enemigo. Nichiso-Xonin, jefe de los bonzos, que habia sido su mas acérrimo antagonista, fue el primero en granjearse su confianza hasta llegar á ser su favorito: esta traicion hecha á su partido, fue mirada desde luego como una infamia, tanto mas vituperable, cuanto que los reyes, que jamás deben temer á sus adversarios, están obligados por su mismo honor á estimar y apreciar á sus leales amigos. Cubo-Sama no se limitó á demostraciones estériles con el nuevo favorito: ya este habia sido derrotado en su presencia en una lucha en que Froes y él se habian improvisado campeones de ambos cultos; mas como existia un gran número de catecúmenos en el reino, no pudo resolverse Cubo-Sama á expedir una orden de destierro contra el Padre, haciendo recaer su cólera en el hombre que se habia sacrificado por su causa: el bonzo Xonin habló, y Vatandono vió secuestrados sus bienes y anulados sus títulos.



El Jesuita Torres, antiguo compañero de Francisco Javier, falleció en el Japon unos días antes de embarcarse para Europa. En este mismo año de 1571, el P. Francisco Cabral, que entró á sucederle en el cargo de superior de las misiones, desembarcó en la isla de Xiqui, acompañado de Almeida, y al momento emprendió la visita de las cristiandades del Japon, que aunque se hallaban en un estado de progreso, su pobreza evangélica no llegaba sin embargo, á los ojos de este hombre rígido, al grado de perfeccion que debía tener: habian creído algunos misioneros, que sin propasarse á infringirla, podrian, á usanza del país, llevar hábitos de seda, única tela que gastaban los indígenas; tratando al mismo tiempo de realzar la dignidad sacerdotal, y de dar á los japoneses una alta idea de la religion católica; pero Cabral no quedó satisfecho con las razones alegadas, y los Jesuitas se vieron precisados á someterse á unas órdenes que sacaba el superior de la majestad de su pobreza y del fausto y esplendor de la obediencia religiosa; y cuando en 1572 se vió en la precision de presentarse en la corte del Cubo-Sama de Meaco, tratando de dar ejemplo á sus subordinados, se negó á despojarse del humilde y raído traje que le cubria.

En tanto que proseguia Cabral sus visitas, el hermano Lorenzo conducia la luz de la fe al reino de Tambah, cuyos habitantes deseaban con tanto ardor el arribo de los misioneros, que aun siendo todavía paganos, empezaron á construir iglesias. En Ormura hacia ya tiempo que se habia declarado cristiano Bartolomé Sumitanda, rey de aquella comarca, quien, á ejemplo de los príncipes de Bungo, era el discípulo mas fiel, el aliado mas constante y el protector mas decidido de los Jesuitas, como para recompensarles el trabajo que se tomaban en aleccionar á sus pueblos en la obediencia que le debian como á soberano, y en el respeto á la ley de Dios.

### CAPÍTULO XIII.

Polanco es elegido vicario general. — Reúñese la congregacion general. — Exige el Papa que no sea español el general que haya de ser nombrado. — Motivos de esta exigencia. — Previsiones de los españoles. — Sale nombrado Everardo Mercurian. — Decretos promulgados por la congregacion. — Por qué se mezclan los Jesuitas en los negocios políticos. — Los protestantes de Alemania atacan su enseñanza. — El P. Canisio, nuncio del Papa en Austria y Baviera. — Trata el Pontífice de hacerle cardenal. — Se fuga. — Va á fundar el colegio de Friburgo. — Revolucion en Bélgica. — Guillermo de Nassau y D. Juan de Austria. — Sitio del colegio de Amberes. — El Padre Balduino del Ángel aconseja la lenidad á D. Juan. — Batalla de Gembloux. — Niéganse los Jesuitas á prestar el juramento exigido por los Estados. — Son expulsados de Amberes. — Peste de Lovaina. — Muerte de D. Juan. — Imputansela á la reina Isabel de Inglaterra. — El duque de Parma. — Baio y Belarmino. — El Bayanismo. — El P. Toledo. — El Jesuita Warseviez en Suecia. — Retrato de Juan III. — Situacion religiosa de Suecia. — Ocúltase Warseviez en la corte. — Escribe á los Jesuitas el rey de Polonia, Esteban Bathori. — Aconsejan los Protestantes el fratricidio á Juan III. — El Padre Nicolai. — Ponto de La Gardie, embajador de Suecia cerca de la Santa Sede. — El P. Possevino pasa á Suecia en calidad de legado. — Perplejidad de Juan III. — Abjura el luteranismo en manos de Possevino. — Condiciones para el restablecimiento del catolicismo en su reino. — Vuelve Possevino á Roma con el objeto de discutir las. — Salen denegadas. — Bienes eclesiásticos abandonados constantemente por el Papa. — Nuevo viaje de Possevino á Stokolmo. — Supersticiones del protestantismo. — Regreso de Juan III á los errores del luteranismo. — Intrigas de los Protestantes y de La Gardie. — Possevino en la dieta de Wadstena. — Fallecimiento de Carlos IX. — Los Jesuitas en Burdeos, Bourges y Pont-à-Mousson. — El P. Maldonado y la universidad de Paris. — El cardenal de Gondi y su dictámen respecto á la inmaculada Concepcion de la Virgen. — Apela la universidad de Paris al parlamento acerca la decision de su Obispo. — El P. Auger es nombrado confesor del Monarca. — Contagio en las ciudades de Lyon y Aviñon. — El Padre Grangean convierte á Montluc al catolicismo. — Los Jesuitas en Aunis y Santonge. — Trata Enrique III de dar al P. Auger la investidura de cardenal. — Auger en Dola y Dijon. — El presidente Goudran funda en Dijon un colegio de Jesuitas. — Casa profesa en Paris fundada por el cardenal de Borbon. — Peste en Paris. — La universidad y los Padres. — Origen y principio de las disensiones interiores de la Compañía en España. — Los Jesuitas en Milan. — Renuncian al seminario. — El cardenal Borromeo y los Padres. — Acusacion lanzada contra ellos. — El Jesuita Mazarini se excede en el púlpito.